

## **PERSONAJES LECTORES EN LA NOVELA DE LA ORGANIZACIÓN NACIONAL**

*Reading Characters in the Novel of the  
National Organization Period*

**María Carolina SÁNCHEZ**

U. Nacional de Tucumán-Conicet  
caro\_mcs@hotmail.com

### **Resumen**

El trabajo se propone presentar una serie de personajes-lectores que habitan los mundos ficcionales de un corpus de novelas argentinas producidas durante el período de la Organización Nacional, con el propósito de indagar en las representaciones del acto de leer que los escritores y escritoras proyectaron en sus obras. Pretende, a su vez, establecer puntos de articulación con una situación sociohistórica caracterizada, dados los esfuerzos emprendidos, como un tramo decisivo en la creación de las condiciones de posibilidad para la conformación de un público instruido. Dos particularidades referidas a los personajes lectores plasmados en las novelas examinadas presentan interés. Por un lado, las representaciones de las heroínas que leen aportan una versión desconocida de la lectora ficcional en la medida en que constituyen la imagen contrapuesta del cliché literario de la “mala lectora” o casos de *bovarismo*. Por otro, plasman dos retratos de personajes masculinos descriptos por su mal desempeño en la práctica de la lectura. Estas representaciones resultan llamativas y permiten analizar las posiciones de los autores ante la extensión de la lectura a nuevos sectores.

**Palabras claves:** Representación del lector, novelas de la Organización Nacional, formación del ciudadano.

### **Abstract**

The present paper intends to study a series of reading-characters presented in the fictional worlds of a corpus of Argentinian novels produced during the National

Organization Period, as a way to explore the representations of the reading act that writers convey in their pieces of work. It also aims to establish articulation points with a socio-historical situation considered a fundamental path towards the creation of conditions for the setting up of a well-educated public. There are two interesting sets of reading-characters: on one hand, the representation of those heroines that read bring up an unknown version of the reader of fiction, as they constitute the opposite image to that of the literary cliché of the 'bad reader' known as "bovarysm"; on the other, those that depict two different male characters that have a bad performance regarding their reading practice. These representations are quite striking and allow us to analyze the points of view of the authors related to the dissemination of the reading practice among new social groups.

**Keywords:** Reader Representation, National Organization Novels, Development of the Citizen.

## Introducción

A lo largo de estas páginas se procurará delinear una serie de personajes-lectores que habitan los mundos ficcionales de un corpus de novelas argentinas producidas durante el período de la Organización Nacional<sup>1</sup>, con el propósito de indagar en las representaciones del acto de leer que los escritores y escritoras proyectaron en sus obras. Se pretende, a su vez, establecer puntos de articulación entre estas imágenes y una situación sociohistórica caracterizada, dados los esfuerzos emprendidos, como un tramo decisivo en la creación de las condiciones de posibilidad para la conformación de un público instruido, que hace su aparición en el Modernismo<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Este período, que se extiende por tres décadas entre 1850 y 1880, aparece caracterizado por la historiografía como una etapa en la que la Argentina atraviesa un proceso de transformación que implica el paso de una sociedad tradicional a una moderna, a partir de las políticas implementadas por el Estado nacional.

<sup>2</sup> Como se sabe, la constitución de un público asiduo se inscribe dentro de un proceso de larga duración, que sin ser lineal, atraviesa instancias clave como es el caso del período de la Organización Nacional. Tal como señala Paulette Silva Beauregard: "Las investigaciones hispanoamericanas han privilegiado la época modernista en la que se supone que se dan los cambios más radicales vinculados

Dos particularidades referidas a los personajes lectores plasmados en las novelas examinadas presentan interés. Por un lado, las representaciones de las heroínas que leen aportan una versión desconocida de la lectora ficcional en la medida en que constituyen la imagen contrapuesta del cliché literario de la “mala lectora” o casos de *bovarismo*, que se divulgan en la novelística argentina hacia la década de 1880<sup>3</sup>. Por otro, las obras aquí estudiadas plasman dos retratos de personajes masculinos descriptos por su mal desempeño en la práctica de la lectura. Estas representaciones resultan llamativas y permiten analizar las posiciones de los autores ante la extensión de la lectura a nuevos sectores.

Los nombres de estos lectores ficticios son desconocidos, al igual que los textos donde transcurren sus vidas. Ello se debe a que el corpus delimitado para esta exposición forma parte de una extendida producción novelística que ha permanecido sin ser registrada en las sucesivas versiones de la historia literaria nacional, hasta la reciente recuperación y sistematización crítica efectuada por Hebe Molina [2011a]<sup>4</sup>. A través de un estudio que cubre desde

---

al proceso de autonomización de la literatura y de la profesionalización del escritor” [xvii]. Este proceso es reconstruido específicamente para el caso del Río de la Plata por Adolfo Prieto, quien señala la vigorosa emergencia de lectores populares hacia fines del siglo XIX.

<sup>3</sup> Ejemplo de lectoras afectadas en su juicio por los libros se hallan en las novelas *¿Inocentes o culpables?* (1884), de Antonio Argerich, o en *El lujo: Novela de costumbres* (1889), de Lola Larrosa de Ansaldo.

<sup>4</sup> Dentro de esta línea de indagación debe mencionarse también el trabajo de Eugenia Ortiz Gambetta, que estudia la novela de la Organización Nacional enfocando el modelo de sociedad desde el componente poblacional propuesto por las obras. Siguiendo el estado de la cuestión bosquejado por Molina [2011a] y también por Ortiz Gambetta, tres hitos importantes en el diseño del panorama de las letras nacionales –la inaugural *Historia de la literatura argentina* (1917-1922) trazada por Ricardo Rojas, la colección *Capítulo: Historia de la literatura argentina*, publicada por el Centro Editor de América Latina desde 1968, y la *Historia crítica de la literatura argentina* (2003), dirigida por Noé Jitrik, en su volumen titulado *La lucha de los lenguajes*, dedicado al siglo XIX y a cargo de Julio Schwartzman– han concluido por conformar un reducido canon decimonónico de novelistas integrado por Bartolomé Mitre, José Mármol, Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez, Miguel Cané (p.) y las mujeres Juana Manuela Gorriti, Eduarda Mansilla, Juana Manso y Rosa Guerra, dejando al margen una voluminosa cantidad de obras producidas desde mediados de la centuria. Para esta recuperación las investigadoras se basaron en el relevamiento de la narrativa argentina de la centuria elaborado Myron Lichtblau hacia 1959. Comentando esta laguna en la historiografía literaria provocada por la falta de registro de este patrimonio, Ortiz Gambetta señala: “hay una convicción sostenida, aún hoy, sobre la

1838 hasta 1872, la investigadora restituye una instancia de incesante publicación de novelas y novelitas ligada a una etapa inicial del género, que supera ampliamente los nombres de los autores difundidos. Este incipiente cultivo del género se acentúa en los años posteriores a Caseros y durante el ingreso del país en la etapa de la Organización Nacional. A este período pertenecen novelas del corpus, cuyos títulos son: *Un anjel y un demonio o el valor de un juramento. Novela original de la señorita argentina...* (1857), de Margarita Rufina Ochagavía; *Vengador y suicida: Novela original* (1860), de Tomás N. Giraldez; *La malilla* (1861), de Carlos Paz; *La bella Emilia: Novela histórica de mis tiempos* (1869), de Enrique Juan Iuglaris, y *Arcanos del destino* (1869), de Enrique López.

Las fuentes novelescas recuperadas pueden ser consideradas como la pieza de un rompecabezas en tanto vienen a recomponer un aspecto más de una época en la que no solo se pone en marcha una política educativa institucional desde el Estado<sup>5</sup>, sino que también se asiste al florecimiento del periodismo, la fundación de bibliotecas, el incremento de las imprentas y a una intensa actividad asociativa que, bajo la forma de sociedades de lectura, dio lugar en muchos casos a la publicación de revistas literarias<sup>6</sup>. Como bien

---

secuenciación de la novela local, según la cual se plantea un vacío textual entre las décadas de 1850 y 1880, es decir, los años llamados de la Organización Nacional, entre la aparición de *Amalia* y las obras de la generación del 80, con algunas contadas excepciones dispersas y señaladas como obras ‘menores’” [12].

<sup>5</sup> Tal como señala Alejandro Eujanián: “aun considerando los límites expuestos respecto al progreso del sistema educativo en el período, es un hecho indudable que hay una ampliación reflejada en el ingreso de mayor cantidad de personas a ciertos niveles de escolarización y, a través de ella, a la incorporación de nuevas aptitudes para la lectura” [57].

<sup>6</sup> Siguiendo a Eujanián: “Entre 1850 y 1880, en el marco de la expansión de la población urbana y rural en la que sin duda colaboró la población extranjera [...] se producía una expansión del mercado cuyas consecuencias se extenderían hacia el mercado de consumo de bienes culturales. Estimulado por el aumento en la demanda hay en esos años un notable incremento en el número de librerías e imprentas” [58]. El autor también resalta otras variables que sustentan la ampliación de la actividad cultural “vinculadas a las transformaciones del impreso en esos años, tanto en términos de presentación formal como de canales de circulación” [58]. Conviene recordar que en el período surgieron una gran cantidad de revistas literarias, tales como *La Brisa* (1852), de Juan María Gutiérrez y Miguel Cané; *El estímulo* (1858), de Heraclio Fajardo; *La Guirnalda* (1858-1859), de José Manuel y Santiago Estrada; *Museo Literario* (1859), de Carlos L. Paz y Lisandro Paganini; *Revista de Ciencias*

señala Molina, estas manifestaciones se fundan en el propósito de “civilizar la sociedad” [2011a: 97], enseñar el ejercicio de derechos atropellados por la tiranía y aleccionar sobre las costumbres.

Todo este movimiento está atravesado por la conciencia entre los políticos escritores respecto de la necesidad de modelar a sus compatriotas, cimientos para plasmar su proyecto de nación<sup>7</sup>. Tal cuestión implica la formación del ciudadano, cuya inserción en la opinión pública, legitimadora de todo sistema republicano, torna necesario desarrollar su capacidad para desenvolverse en un orden social basado en la cultura escrita<sup>8</sup>. Al mismo tiempo, es imperioso instruir a la sociedad en valores cívicos que garanticen una convivencia armónica. Ambos objetivos, formar lectores y moralizar, son prioritarios para el afianzamiento de la nación. Como ha notado Graciela Batticuore, ya los escritores de la generación del 37 habían reflexionado desde el exilio sobre este aspecto crítico de su sociedad afrontando “las incomodidades que genera en ellos la percepción de un *pueblo* poco ilustrado y dócil al enemigo” [13]<sup>9</sup>.

---

*Letras* (1864-1865), de José Manuel Estrada y Lucio V. Mansilla; *La Revista del Río de la Plata* (1871), de Andrés Lamas, Vicente F. López y Juan M. Gutiérrez; *La Ondina del Plata* (1975-1879), de Luis T. Pintos; *La Alborada del Plata* (1877-1879), de Juana Manuela Gorriti, y *El Álbum del Hogar* (1878), de Gervasio Méndez.

<sup>7</sup> Si bien, como ha examinado Tulio Halperín Donghi, durante el período comprendido entre 1852 y 1880 se formularon diversos proyectos y programas que se disputan la tarea de forjar una nación, existen entre ellos varios puntos en común, tales como el constitucionalismo, la inserción en el mercado mundial, la educación y la inmigración. La formación del ciudadano también constituye uno de esos consensos.

<sup>8</sup> Siguiendo a Ángel Rama, Beatriz González Stephan ha expuesto el lugar decisivo de la letra en la fundación de las naciones hispanoamericanas: “Las estrategias que abraza el proyecto de construcción nacional, incluyendo las del ciudadano, guardan una implícita relación con el poder de la escritura. La escritura se erige en el espacio de la ley, de la autoridad, en el poder fundacional y creador de las nuevas entidades [...] escribir es dotar a esas naciones de civilización” [435]. Al mismo tiempo, sostiene que este circuito se completa con la lectura: “Sólo podrá acceder a la categoría de ciudadano quien sepa leer, no sólo quien lea podrá entrar en ese orden sino también sólo aquel que ajuste su imaginación, su cuerpo, sus deseos y su expresión a la escritura” [437].

<sup>9</sup> Entre los escritores de la generación del 37, Sarmiento es el más activo, pragmático y radical en cuanto al intento de propagar los hábitos lectores. Un buen ejemplo de ello son sus artículos periodísticos en *El Progreso* y en *El Mercurio*, examinados tanto por Zanetti como por Batticuore.

El cometido de formar ciudadanos lectores y de valores republicanos halla su coyuntura luego de la caída de Rosas. A su regreso los proscritos deben compartir su voluntad de liderazgo con nuevas figuras que emergieron en la escena cultural, promoviendo en forma conjunta espacios y productos –como los arriba mencionados–, tendientes a la incorporación de un nuevo público. En este ambiente recibieron estímulo un importante número de novelistas principiantes entre los que se cuentan los autores de las obras aquí abordadas.

Es a la luz de este contexto que debe examinarse el surgimiento del género novelesco, alrededor del cual se desarrolla un intenso debate a través de artículos periodísticos, disertaciones, ensayos y prólogos, emanados desde distintas voces. La poética diseñada da cuenta de los tópicos acuciantes de la época. Así, la novela debe asumir la función de instruir moralmente al ciudadano y propiciar la ampliación del público. La primera de estas cuestiones permitió diferenciar las creaciones locales de las novelas europeas, acusadas por exhibir ejemplos de conductas desviadas a la población<sup>10</sup>. Puestos al servicio de la causa civilizadora, los novelistas locales diseñaron sus tramas plasmando un mensaje edificante. Susana Zanetti sintetiza esta cuestión en los siguientes términos:

A pesar de las reservas morales, un sector de las élites confiaba en que los folletines (y las novelas) podían lograr mayores y más amplios efectos en el conjunto de la población alfabeta y urbana que otros discursos que se proponían aleccionar acerca de los modelos de sociabilidad y de familia convenientes para flamantes naciones que cumplían o intentaban cumplir una rápida modernización y consolidación del estado nacional [107-108].

---

<sup>10</sup> Sigo en este punto a Molina [2011a], quien expone las condiciones que inciden en la aceptación del género y la conformación de una poética fraguada a partir de una pluralidad de discursos que circularon en la época. El ejemplo más sistemático es el *Curso de Bellas Letras* (1845), de Vicente Fidel López.

La segunda cuestión pone de manifiesto la clara conciencia que tuvieron muchos escritores respecto del potencial de la novela como medio de incitación a la lectura en la medida en que sus intrigas resultan atractivas para captar lectores<sup>11</sup>. Se trata de un género que, desde su introducción, ha demostrado ser del gusto del público<sup>12</sup>, gradualmente incrementado en esta coyuntura por los nuevos lectores formados en la escuela elemental [Zanetti: 147]<sup>13</sup>. Sobre esta constatación, toma impulso desde la prensa la apropiación de la novela y el folletín como estrategia tendiente a la búsqueda de un nuevo público, procurando alcanzar los óptimos resultados que, en cuanto a incorporación de lectores, había producido en Europa el nuevo formato de la mano de Dumas y Sue. Los escritores nacionales intentaron, en consecuencia, abrirse espacio en medio de las novelas importadas.

Atendiendo a la relación de los escritores y la incipiente industria cultural, Silva Beauregard insiste en la necesidad de revisar esa imagen de una “ciudad escrituraria” decimonónica replegada sobre sí misma a espaldas de su entorno, dado que se advierte una tendencia generalizada entre los escritores “para aprovechar los medios democratizadores que ponía a su alcance el ‘capitalismo impreso’” [xxiv]. Si bien la autora arriba a esta conclusión en un estudio sobre la modernización cultural en Venezuela, su señalamiento puede considerarse válido para el caso rioplatense, respecto del cual Ortiz Gambetta afirma: “la literatura argentina del siglo XIX fue inseparable de la prensa ya que, en el espacio dedicado

---

<sup>11</sup> Esta visión respecto de la novela y su potencialidad para alcanzar un público más extendido es compartida por escritores hispanoamericanos contemporáneos a los rioplatenses. Así lo expone Zanetti en su análisis de los testimonios de Alberto Blest Gana e Ignacio Altamirano, entre otros.

<sup>12</sup> Beatriz Curia afirma: “Ya en el período independiente, sobre todo desde la década de 1820, las novelas se divulgaron rápidamente primero gracias a las numerosas librerías y los gabinetes de lectura anexos a ellas, que poblaron las ciudades; luego a través de los periódicos que –en folletín o por entregas adjuntas– propagan obras de autores españoles o traducciones de autores franceses, ingleses y alemanes” [16].

<sup>13</sup> Refiriéndose a lo acotado de los términos de la expansión del público, Zanetti sostiene: “De todos modos, el género ganó un público integrado por distintas capas sociales, si bien en general inserto en los marcos más o menos amplios y lábiles de la llamada gente decente” [109].

a los folletines, se publicaron las primeras narraciones locales y obras extranjeras” [32]<sup>14</sup>.

### Lectoras ejemplares

Tomando en cuenta el proyecto de incorporar nuevos lectores y convertirlos en ciudadanos civilizados, cabe interrogarse sobre la resonancia de este imperativo en el mundo ficcional desplegado en las novelas analizadas. En su mayor parte, estas novelas exhiben figuras femeninas entregadas a la lectura. No es de extrañar que se trate de lectoras, pues entre las intervenciones de los escritores de la generación del 37 referidas a la necesidad de formar un público, la cuestión de la lectora es un tópico frecuente en tanto les preocupa modelarla como ciudadana, según la función para ella asignada en sus proyectos de nación. Interesa fundamentalmente prepararlas para ejercer sus obligaciones en el hogar [Masiello: 75], siendo este un espacio concebido como una metonimia de la patria y a la vez como una instancia primaria de educación de los futuros ciudadanos. Como ha demostrado Batticuore, para “los jóvenes de la generación romántica la lectura femenina debe ser *controlada* y sobre todo *encausada* hacia el establecimiento de una moral republicana básicamente formadora de buenas madres, trabajadoras y con sensibilidad cívica” [40].

A la luz de tales inquietudes plasmadas en textos ensayístico-programáticos, cabe, atendiendo a las ficcionalizaciones, preguntarse: ¿cómo se representa al personaje de la lectora en el

---

<sup>14</sup> En el caso de las novelas del corpus debe indicarse que en su mayor parte ellas circularon como libro, excepto *La malilla*, aparecida en una entrega en *La primavera*. Una particularidad expuesta por *Arcanos del destino* proviene del hecho de que, “[p]ara reducir costos, Enrique López edita *Arcanos del destino* en sociedad con Benito Hortelano; este aporta el almanaque que encabeza el volumen titulado *El indicador positivista ó La novela enciclopédica* (1869). Después de la novela el lector puede consultar algunas leyes en vigencia ese año: la de Aduana, la Ley Nacional de Papel Sellado y la de Patentes; también la lista de tarifas postales, los precios para carga y descarga de buques, el reglamento y tarifa para los carruajes de plaza, y otras publicidades” [Molina 2011a: 135-136]. Incluso, debe indicarse que las suscripciones han determinado la disposición del cuerpo de la novela pues entre sus párrafos se intercalan los anuncios.

interior de las novelas, en una coyuntura marcada por los esfuerzos de expansión de la lectura? Considerando las condiciones sociohistóricas de la Organización Nacional, es posible pensar que la emergencia de protagonistas lectoras no se relaciona con un aumento numérico significativo de un público compuesto por mujeres, pero sí con una relativa ampliación que debió incidir en las previsiones de los escritores<sup>15</sup>.

Atendiendo a la fecha de publicación de las obras, es Alicia, la protagonista concebida por Ochagavía, la primera lectora por analizar<sup>16</sup>. En una de las escenas de la novela, esta joven ejemplar dialoga con su madre acerca de los libros convenientes para una biblioteca. Sin hacer referencia concreta a obra alguna, el énfasis está puesto en el contenido moralizador que la madre destaca como valor recomendable, lo que confirma la hija añadiendo un comentario respecto a la forma en que experimenta la lectura:

Esa tarde estaban madre é hija sentadas en el salon, Alicia leia una produccion de un escritor desconocido, la madre le decia:

---

<sup>15</sup> Refiriéndose a aspectos metodológicos, Molina ha precisado: “cualquier reconstrucción de las prácticas lectoescriturarias realizadas en la Argentina decimonónica se queda en el plano de las conjeturas porque se sustenta sólo en pruebas textuales [...] Trabajamos inevitablemente con fuentes indirectas: por un lado, autobiografías, memorias, epistolarios; por otro, avisos publicitarios y artículos periodísticos. Medios aún más indirectos son las representaciones de actos de lectura y los comentarios sobre los textos leídos en las ficciones escritas por esos lectores de antaño. De este modo, espigando en novelas, epistolarios y periódicos decimonónicos, se han ido recreando las tertulias en las cuales mujeres y hombres compartían la lectura de poemas y relatos, y se ha ido reconstruyendo el corpus de obras predilectas, aun de aquellos que preferían el silencio de un escritorio o de un jardín para descifrar el mensaje de las letras” [2011b: 32]. Si bien esta limitación de las fuentes novelescas resulta válida, es posible interpretar en ellas otras problemáticas. Por ello, el interrogante del presente artículo ha apuntado a la instancia de producción, es decir, al modo en que los propios escritores plasmaron en sus ficciones un diseño de lector a través de sus personajes y un modo de leer considerado correcto, dialogando con su propio tiempo histórico pero sin concebirla como reflejo de un estado de cosas.

<sup>16</sup> Merece una consideración especial el hecho de que se trate una escritora mujer, pues como señala Molina: “Mientras que los intelectuales más progresistas promovían una literatura que contribuyera al progreso de la joven nación, es decir, una literatura útil y moral para educación no sólo de los varones sino también de las mujeres, se renovaban los prejuicios sociales contra la publicación de novelas y contra la escritura femenina” [2011b: 31]. Esta problemática es analizada por Batticuore, quien sistematiza las operaciones que las mujeres efectuaron para acceder a la autoría en medio de posiciones adversas en la República de las Letras.

–Atended, bien hija mia, mirad que eso encierra una moral y doctrina amena y perfecta. Ojalá de esos libros siempre estuvieren pobladas nuestras bibliotecas, la moral de ese libro se introduce en los jóvenes corazones fácilmente como es tan fina y delicada.

La joven contestó: Cierta madre mia, hallo en ese libro cuando lo leo algo inesplicable, las horas se me pasan inapercibidas [78]<sup>17</sup>.

El episodio puede ser interpretado como un recurso de incitación a la lectura femenina vinculando su práctica con un personaje que se presenta como modelo de virtud. La descripción de la sensación provocada por el acto de leer, perfila a Alicia como una lectora moderna, abstraída que pierde la noción del paso del tiempo ante el placer de la lectura. Al respecto, Roger Chartier define como fenómeno de una nueva lectura emergente en el siglo XVIII europeo el advenimiento de “una individualización del acto de leer convertido esencialmente en un acto de la intimidad silenciosa y solitaria” [125].

Se promueve también, en la voz de la madre y su experiencia, la formación de una biblioteca de lectura para la mujer sobre la base de los valores morales. El tema del diseño de una biblioteca específica es, como advirtió Batticuore, frecuente entre los escritores del 37: “estos intelectuales [...] piensan intensamente en renovar la moral femenina a través de una educación literaria especialmente programada: de ser posible mediante la creación de una biblioteca escogida y selectiva, exclusivamente diseñada para las mujeres” [41]. En este sentido, debe destacarse, por un lado, la perdurabilidad de este tópico en esta novela de la Organización Nacional; y, por otro, el hecho de que la propia autora de *Un anjel y un demonio* se hace eco de esta demanda con su obra, lo que podría

---

<sup>17</sup> Debe aclararse que las citas de las novelas se transcriben manteniendo la ortografía y el estilo propios de la fuente.

constituir una forma de legitimación de sí misma en tanto escritora<sup>18</sup>.

Teolmira, personaje de *Vengador y suicida*, es una coqueta reformada por la lectura de la poesía “Desamor” de Esteban Echeverría, una escena central en el proceso de transformación del personaje. La referencia directa a la obra del ya fallecido escritor de la generación del 37, puede interpretarse como homenaje hacia la labor literaria de un compatriota, reconocido como faro de las letras nacionales en lo estético e ideológico. En efecto, para Echeverría la poesía conjuga belleza y elevados sentimientos, evitando el extravío al hablarle al corazón<sup>19</sup>. Esto es precisamente lo que experimenta Teolmira luego de la lectura del poema, pues el lenguaje poético desencadena en su espíritu una reflexión personal que la conduce al abandono de la frivolidad y de los placeres superficiales. La escena de pasaje, ligada a la adopción de una nueva identidad como mujer, se origina tras actuaciones de vanidad que la protagonista despliega a solas en su habitación cuando, “aburrida de dar tantas vueltas en derredor de ella, y de mirarse mil veces en el espejo, y de girar delante de él sobre sus talones” [13], descubre el poemario en su mesa de luz. La lectura se detiene en un fragmento que parece destinado a su corazón pues se plantea allí un amor fugaz, que extinguido en la juventud, deja al espíritu en estado de perpetuo desamor<sup>20</sup>. Inmediatamente la joven evoca el comportamiento frívolo y tiránico asumido con respecto a sus enamorados y decide solicitar a su último pretendiente un compromiso de matrimonio.

---

<sup>18</sup> Molina analiza en esta novela la presencia de otro personaje doble de la autora, Minerva, quien “apenas si aparece en la novela, pero en estas pocas líneas –las últimas del texto– la novelista configura toda una historia: la joven elige leer y escribir como expresión de libertad personal, dejando de lado el matrimonio exigido por las normas sociales. Parece inevitable identificar a Minerva con Margarita Ochagavía, quien –a través de la novela– expresa su sueño de ser literata y merecer algún ‘laurel’. Muestra así un camino factible a las jóvenes porteñas” [2011b: 39].

<sup>19</sup> Estas ideas están presentes en el análisis del epistolario de Echeverría realizado por Batticoure [23-25].

<sup>20</sup> Los versos citados son los siguientes: “Como fatuo destello / Que brilla, y se evapora, / Sé disipó en su aurora / el astro de mi amor; / Fuesé con el mi dicha, / Fuesé con el mi calma / Quedole solo á mi alma / Perpetuo desamor!” [Giraldez: 13].

Si, pensaba, si sigo como ahora, vendré á ser con el andar del tiempo, como dice el poeta en su inspiracion; no latirá mi corazon alimentando una llama por un ser querido, y densos nubarrones cubriran para siempre el astro de mi dicha y porvenir, el modo de vivir en la sociedad que hé observado hasta aqui, ha sido infame, lo confieso á mas de cuatro jóvenes nobles, y descendientes de familias respetables, hé cautivado con mis modales y coqueterias, y hé hecho que me amen con locura, con frenesí ardiente, mas luego los hé despreciado, me hé reido á carcajadas del amor que mé profesaban, llenos de fé, y esperanza [...] mé hé burlado demasiado de los hombres, y hoy estoy dispuesta á ser a todo trance la esposa de mi último amante [14].

La escena se completa con la llegada de la madre de la joven a la habitación, reclamando dulcemente que no ha recibido el acostumbrado saludo de buenas noches. Teolmira se disculpa justificando su distracción en el gusto por la lectura de los versos de Echeverría. Ambas comentan el poema calificado por la madre de “*sublime*” mientras la hija refiere la repercusión interna de la lectura: “mé há hecho palpitar el corazon de entusiasmo”, “Y hasta hé llorado”<sup>21</sup>. Con varias pinceladas se caracteriza un modo de leer, que al igual que en el caso de Alicia, está marcado por la enajenación de lo inmediato para entregarse plenamente a actividades mentales como la imaginación, la lectura y el pensamiento. Al mismo tiempo, la valoración de la poesía aparece

---

<sup>21</sup> Cito *in extenso* el pasaje: “Era su madre, y Teolmira corrió á echarse en sus brazos, que la estrecharon largo rato, contra el pecho de la que le diera el *ser*: Hija mia! / Querida mamá! / Que hacias que no ivas á mi aposento á darme las buenas noches, á conversar un rato antes de dormir, como tenemos de costumbre ó por ventura te habias olvidado, que vivia tu madre? / Perdoname, respondió Teolmira, besandola dulcemente en la frente, há sido una distraccion, mé gustaron tanto ... / ¿Qué cosa hija mia? / Los versos de Echeverria, mamá / Asi son lindisimos, ¿hás leído el desamor? / Pues eso es casualmente, lo que mé há hecho olvidar que todas las noches tenia un compromiso / ¿Y té há gustado? / En extremo / La última octava es de lo que se puede llamar *sublime* / A mi mé há hecho palpitar el corazon de entusiasmo / ¿Sí? / Y hasta hé llorado / ¿Como ha sido eso? / Que quieres mamá, hay momentos en la vida que hasta el corazon del mas infame bandolero se conmueve” [14-15].

asociada a conceptos próximos a lo religioso dado la carácter excelso y la capacidad de proferir revelaciones al alma que se le atribuye. Se advierte en estas connotaciones un proceso de laicización de la lectura, pues no se trata ya de la Biblia ni del catecismo sino producciones profanas, a las que, como en el caso del poeta del 37, se les transfiere un aura sagrada [Chartier: 125]<sup>22</sup>. Es posible reconocer en la selección de Echeverría, un juicio estético ideológico del propio Giraldez, quien le profesa su admiración asignándole un lugar destacado dentro de la literatura nacional. Finalmente, otro aspecto a resaltar es el llanto como comportamiento de lectura. Siguiendo a Anne Vincent-Buffault, Zanetti señala que en el siglo XVIII “se expande en Europa el placer del llanto como piedra de toque tanto del valor de una novedad como de la sensibilidad de sus lectores” [197]. Podría decirse que la lectura que practica Teolmira está impregnada de los modos modernos: laicización y llanto.

Al igual que sucede en la escena de lectura de Alicia, un elemento de control del repertorio de libros femeninos es la madre con la que la hija avala los textos escogidos, pues a esta figura parece encomendársele, por su autoridad y por su condición de mujer, la vigilancia de las lecturas de la nueva generación a su cuidado<sup>23</sup>. Ella es concedora de las obras en cuestión y de su influencia benéfica. Tras los atributos bosquejados en el personaje de la madre podría aventurarse como interpretación la posibilidad de una figuración, quizás inconsciente, del propio autor que hace un escrutinio de la lectura de las mujeres, si se tiene en cuenta que ya Sarmiento había fingido, como analiza Batticuore, un personaje

---

<sup>22</sup> Chartier define el proceso de laicización como una transferencia de la dimensión de lo sagrado, concentrado antes en la religión, al dominio de lo cívico, lo patriótico, lo revolucionario, extendiéndose al ciudadano. En el caso citado, podría decirse que esto se opera sobre un autor de la literatura nacional [125].

<sup>23</sup> La imagen de la madre como guardiana del repertorio de lecturas de sus hijas está presente también en *Revelaciones de un manuscrito* (1869), de Bernabé Demaría. En el “Prefacio”, un “autor fautor” [Tacca] previene las distintas reacciones ante la publicación de unas memorias señalando “La cautelosa madre, tratará solícita de ocultar á sus tiernas hijas LAS REVELACIONES DE UN MANUSCRITO, temerosa de que llegue á exaltarlas su juvenil fantasía” [Demaría: 6].

femenino corresponsal redactora del folletín del *El Progreso* para asumir la educación de las mujeres [77-79].

La centralidad de esta escena de lectura en el destino del personaje protagónico es evocada en otros pasajes<sup>24</sup> e incluso aparece abordada directamente por el autor en un capítulo intercalado en la novela, donde defiende la verosimilitud de la transformación por la lectura. El autor parte de la previsión de una objeción: “El lector me preguntara que, como la simple lectura de una composición en verso pudo transformar de aquella manera el *corazón de la joven*” [Giraldez: 37]. A continuación, traza una analogía con los milagros de conversión de la religión católica, reforzando lo que se ha indicado como fenómeno de laicización.

[...] ¿que milagro obró en el alma de Maria Magdalena, del apostol San Pablo y por fin de San Ignacio?

Se me objetará que los libros de los Santos Padres ejercen en el espíritu de la creatura un poder sobre natural, que aquéllos santos sé convirtieron á la fé de Jesucristo, porque aquellas páginas sagradas hablan al alma [...]

¿Y la poesia de Echeverria, no habló al corazón de Teolmira de perpetuo desamor? [38]<sup>25</sup>.

---

<sup>24</sup> En una carta que Teolmira dirige a Alfredo, la joven hace referencia a su transformación por la lectura: “Quién, Alfredo mio, habia de decir que la simple lectura de los versos de un poeta compatriota me harian mirar á mi pasado, fijarme en el presente y tender mi vista al porvenir?” [Giraldez: 24].

<sup>25</sup> Más allá de este episodio de lectura reformadora, debe señalarse que existen otros personajes admiradores de Echeverría. Ellos citan diferentes poesías del autor para referir su estado sentimental. Así sucede con Emma, una joven virtuosa (a quien Alfredo abandona para casarse con Teolmira) que cita los versos de “Layda” para expresar su estado anímico: “Tú estás dormido en blando lecho, mientras mi pecho sufre de amor” [Giraldez: 86] y en una carta que le dirige evoca cuando juntos leían “La lágrima”. Por otro lado, Anselmo enamorado de Emma, escribe su decepción en su diario transcribiendo un pasaje de “La ausencia”: “Do quiera llevo / mis tristes ojos / hayo despojos / del dulce amor / Doquier vestigios / de fugaz gloria / cuya memoria / me da dolor” [54]. Alfredo, el protagonista de la pareja central posee en su cuarto una biblioteca compuesta por: “‘El judío errante’ de ‘Eugenio Sue’, ‘La Valentina’ de Madama Dudevant, ‘El conde de Montecristo’ del célebre Dumas y ‘Nuestra Señora de París’ de Víctor Hugo y mil otras producciones tanto en verso como en prosa que sería largo detallar” [56]. Al igual que Teolmira, se lo caracteriza como un personaje de sensibilidad literaria con posibilidades de regeneración. En efecto, esto es lo que sucede según comenta el propio

En *La bella Emilia*, se describe a la protagonista homónima entregada, en un momento crítico de su vida, a la lectura de *El lirio en el valle*, de Honoré de Balzac. Excepto por lo que puede interpretarse, siguiendo a Doris Sommer, como operaciones de corrección moral de la fuente extranjera efectuadas por los escritores hispanoamericanos, la novela de Iuglaris resulta ser en algunos aspectos de la trama una reescritura del modelo europeo. Ambas abordan una relación sentimental extramatrimonial que no llega a consumarse; pero, a diferencia de la trama balzaciana, en el caso argentino el vínculo entre los enamorados se origina antes del enlace de la joven Emilia, a quien sus padres la apartan de Enrique, su amor verdadero, para ser desposada con un conde y beneficiar a la familia con títulos nobiliarios. Con la introducción de esta secuencia, el novelista rioplatense inscribe su obra dentro de una temática muy frecuentada por los románticos: la oposición entre matrimonio por interés y matrimonio fundado en el amor [Molina 2011a: 353; Batticuore 50-51]. Por otra parte, la secuencia exime a Emilia de toda culpabilidad con respecto a sus sentimientos por Enrique pues, en realidad, ella mantenía con él un romance al que debe renunciar “sin fuerzas para oponerse a la voluntad paterna” [Iuglaris: 36].

A partir de este punto, los argumentos presentan algunas similitudes pues los matrimonios de ambas novelas son una fuente de sufrimiento para sus protagonistas, a la vez que el hombre amado por ellas se convierte en un visitante recibido con agrado en sus hogares. Haciéndose amigo del conde, Enrique se introduce en la casa de Emilia para velar por su integridad física, pues ella está en manos de un esposo libertino y entregado al juego que la maltrata frecuentemente. Los nobles propósitos conviven con la esperanza

---

narrador: “He ahí, lectores, las contradicciones de que está lleno este pícaro mundo: Teolmira Rodríguez, la mujer más coqueta que dar se podía, y Alfredo Márquez [...] el pisaverde [...] el calavera [...], convertidos sus dos corazones de hielo en la más dulce bondad!” [59]. El descubrimiento del amor los redime pese a que, por su pasado, la felicidad de la pareja termine en tragedia por la venganza ejecutada a manos del hermano de Emma que en duelo hiere de muerte a Alfredo para luego suicidarse.

de reanudar el romance, alentada cuando descubre a la sufrida esposa leyendo la citada novela de Balzac. La introducción de la lectura de Emilia va acompañada de un comentario en el que el narrador enuncia sus juicios adversos hacia el escritor francés condenando su obra por la bajeza moral, pese a que rescata su mérito literario<sup>26</sup>:

[...] es talvez la mas linda novela del famoso escritor francés; sino por los propósitos que no son demasiado morales, por la elocuencia y arte con que fué dictada. La apologia del adulterio no podia ser hecha mejor. La pobre Enriqueta, protagonista de la obra, poco á poco va familiarizándose con aquel pecado, y es tan natural, tan razonada, tan insensible la transición que vá operando, que acaba uno por dar razón á Enriqueta [...], que aunque caida vos la tenéis sin embargo por un ángel no le echáis la culpa, y talvez aplaudiendo vos exclamais: ha hecho bien [52].

Ilusionado por los efectos de relajamiento moral que el libro podría producir, Enrique observa cautelosamente las reacciones de su amada al leer. El narrador omnisciente comenta el razonamiento del enamorado: “imaginando desde luego que Emilia fuese combatida por una pelea interna [...] de suerte que no por casualidad hubiese buscado aliento en la lectura de esa peligrosa novela”. Tal como se ha indicado respecto del personaje de la madre, podría apreciarse que Enrique es un doble del autor, que en este caso, agazapado, vigila la lectura y sus efectos.

El paralelismo entre la historia de Emilia y el argumento de *El lirio en el valle* produce en la sensibilidad de la lectora una identificación emocional que la conmueve hasta derramar lágrimas<sup>27</sup>

---

<sup>26</sup> Las apreciaciones de luglaris en contra de Balzac se inscriben dentro de un repudio más amplio hacia el autor francés presente en algunos de sus pares contemporáneos en Hispanoamérica, tal como señalan Alejandra Laera, Zanetti y Molina [2011b].

<sup>27</sup> Según detalla el narrador, Emilia, absorta en la lectura, “parecía impresionarse al extremo de arrancarle lágrimas” [52]

y lleva a suponer que su sentido de lo correcto ha quedado corrompido por una lógica que avala el incumplimiento de los deberes conyugales. Se advierte en el razonamiento de Enrique (y del propio luglaris) la extendida creencia que acusa al género novelesco de influir con la exposición de malos ejemplos en la conducta del lector. Así, el enamorado: “esperó el momento propicio para recoger el fruto prohibido, madurado por esas máximas sostenidas en aquella historia de sentimiento” [52-53]. Él intuye que la clave se halla en las notas con lápiz realizadas por Emilia en su libro, que tanta curiosidad le despiertan.

Todas estas sospechas son desvanecidas cuando el pretendiente sigilosamente inspecciona el libro y descubre las anotaciones de su amada. Emilia se demuestra como una lectora crítica pues ha escrito en los márgenes de la novela de Balzac: “No hay razón ninguna que otorgue á la muger autoridad ni derecho para faltar á su deber: la brava muger muere como el centinela en su puesto!” [54]. Ella no sólo es una lectora distanciada, moderna, que no concibe el libro como autoridad<sup>28</sup>, sino también una esposa ejemplar que resiste la tentación de pecado aferrándose a su deber. En efecto, a diferencia de Enriqueta que en *El lirio en el valle* conversa abiertamente con Félix sobre sus sentimientos, Emilia se dedica a evitar presencia de Enrique en la casa, encerrándose o haciéndose permanentemente acompañar por una criada. Incluso, cuando este sale en su defensa frente al maltrato dado por el conde, ella atenúa y protege a su marido<sup>29</sup>.

La revelación del contenido de las notas efectuadas por Emilia abre paso a una intervención directa del autor para exaltar la educación femenina llevada a cabo en el colegio al que asistió y sus

---

<sup>28</sup> Como señala Chartier, un cambio en las prácticas lectoras en la modernidad consiste en el hecho de que el libro ya no representa una autoridad indiscutible, sino un objeto sobre el cual se ejerce el uso de la razón [104].

<sup>29</sup> A diferencia de la novela balzaciana, la muerte del conde les permitirá, una vez cumplido el ciclo del duelo, formar pareja. Es posible interpretar este final como el premio a la buena conducta mantenida por Emilia.

filiales en Buenos Aires, pues la novela está ambientada en Italia. Este pasaje deja entrever la preocupación de la época por la educación femenina:

Tal sentencia hace el mayor elogio del Colegio de Minerva, que existía en aquel tiempo en Venecia, y del cual Emilia fue alumna.

Y puesto que he mencionado ese colegio, agregaré gustoso, que la tan distinguida como amable señora Farnesi, ha abierto en Buenos Aires un colegio para señoritas bajo el mismo nombre de Colegio de Minerva, y no dudo que tanto ella como la virtuosa señorita Eugenia Simon, directora del colegio Santa Cecilia darán mas de una Emilia á esta ciudad porque reuniendo entreambas todas las cualidades que constituyen á la verdadera educacionista, con la esperiencia adquirida en los mejores colegios de Europa, pueden garantir el resultado de sus nobles esfuerzos á todos los padres de familia que les confiaren sus hijas [54].

A lo largo de este recorrido se delinearon los personajes de Alicia, Teolmira y Emilia. Tal como ha quedado demostrado en el análisis, ellas representan una versión positiva de la lectora, de la que no se tenía conocimiento. Inspiradas en el anhelo de sus creadores, su comportamiento en el procesamiento de los textos es impecable en un doble sentido: competencia lectora y mujer republicana.

## **Malos lectores**

En este apartado se despliegan dos casos de malos lectores: Don Damián, protagonista de una novelita titulada *La malilla* (1861), y Don Hilarión, personaje de *Arcanos del destino* (1869). Por diferentes razones su relación con los libros es deficiente, pues carecen de la competencia de las heroínas antes descriptas. Mientras las imágenes de ellas pueden ser interpretadas como

producto de un voluntarismo de los escritores y escritoras que las crearon, en tanto corresponden más al orden de su deseo programático que a una existencia concreta, los hombres lectores dan cuenta de situaciones reales.

Se abordará en primer lugar a Don Hilarión, un personaje secundario en el que se recrea a un lector apasionado pero mediocre. Tal como aparece retratado, posee una educación insuficiente que le impide, a largo plazo, retener con exactitud los datos aportados por los textos, con lo cual se produce en su cabeza gran confusión entre las distintas informaciones recibidas. Caracterizado con una cierta dosis de humor se lo muestra voraz frente a los libros y un entusiasta comentarista, pese a lo desacertado de su procesamiento y el desatino de sus citas:

[...] un hombre de muy buen fondo, de instrucción bastante limitada; había leído quizá con exceso, toda vez que de ello no había sacado provecho alguno, como les sucede á muchos. Así pues, érale dable el hacer alguna que otra cita fiel en el momento de leer un libro; dos ó tres horas despues toda su erudicion quedaba reducida á confundir unas épocas con otras, á la tergiversación de los personajes, á hacer las mas inoportunas aplicaciones, estropeando los hechos y las figuras históricas del modo mas lastimoso [López: 8].

Tras la expresión “como le sucede a muchos”, intercalada en la descripción, se advierte una generalización y, por lo tanto, la presentación de un lector considerado típico. Sobre esta presuposición, podría pensarse que Don Hilarión representa a esos sectores antes excluidos y recientemente incorporados al mundo de la lectura por la educación básica. Según se percibe en la frase “había leído quizá con exceso”, el personaje parece estimulado por la amplia difusión de diversas publicaciones, ya sean periódicos, folletines o libros, practicando lo que Chartier denomina “lectura extensiva”, esto es, la frecuentación de una multiplicidad textos leídos por única vez como fenómeno propio de la lectura moderna.

Sin embargo, no posee las competencias a tono para apropiarse adecuadamente de sus lecturas.

Adoptando la interpretación esbozada por Silva Beauregard para el caso venezolano [218], cabe pensar que en la representación de este personaje aflora en el escritor el temor a no poder controlar las lecturas de los nuevos sectores incorporados. Con su retrato se aborda el tema de un lector no preparado en contacto con libros que prevén un nivel de instrucción más elevado.

Una paradoja que queda planteada en *Arcanos del destino* consiste en la postergación de Ramiro, un periodista y poeta de poca fortuna, como esposo para Paula, hija de Don Hilarión, por carecer de posición económica ventajosa. Podría decirse que así como el personaje analizado es el retrato de los nuevos lectores carentes de habilidades, Ramiro tematiza las dificultades para la profesionalización del escritor debido a la necesidad de público. Un desencuentro entre ambos sectores impide aún la existencia del público deseado. El esposo idóneo, al mismo nivel cultural de la joven que disfruta sus creaciones, es desplazado por los padres de ella para supuestamente beneficiarla con un matrimonio ventajoso económicamente.

En *La malilla* [1863], un narrador omnisciente cuenta en tono jocoso la anécdota acaecida a Don Damián. El protagonista es un comerciante avaro que un buen día vende su negocio al borde de la ruina a un dependiente, a quien impone estrictos plazos para completar la paga. A partir de entonces pasa a llevar una vida rutinaria, convirtiéndose en infaltable asistente a una tertulia donde se juega a la malilla. Allí conoce a Inesilla, con quien por un corto tiempo mantiene un romance, hasta que cae en cuenta de los gastos de la relación. En una velada, un hombre dado a contar historias tenebrosas le refiere el hallazgo del cuerpo descuartizado de su antiguo empleado. El relato provoca excesivo pánico en el protagonista, quien pierde completamente su entendimiento al ser informado que las partes del cadáver habían sido encontradas en el

cuarto de Inesilla. Lo que más exalta su horror es que, según los datos proporcionados por su interlocutor, el asesinato habría tenido lugar una hora antes de su visita a la mujer. De regreso a la habitación donde moraba, Damián siente ruidos, ve sombras y alguien que se aproxima. En un estado de absoluta confusión, cree que el difunto lo persigue, cuando en realidad es su amante que busca refugio.

La ridícula vivencia aparece estrechamente vinculada a los rasgos con los que la voz narradora delinea al personaje de Don Damián. De manera concisa pero bastante clara, se traza una correlación entre su condición como lector y la propensión a caer en la superstición. En efecto, en la breve caracterización citada a continuación el protagonista es descrito en su repetitiva cotidianidad:

Despertaba a las ocho en invierno y a las seis en verano, bebía su copa de leche, se encajaba su sombrero y con el gran bastón en la diestra salía a dar su vueltecita por la alameda, volvía a almorzar sus tajaditas de queso, amén del salchichón del jueves, roncaba su siesta, se despertaba y leía cinco páginas del Manual del Abogado Americano o del Antiguo Testamento, únicos libros que tocaron sus manos en el curso de su vida, y luego al anochecer, lleno del grave placer de un maestro [...] se encaminaba pausadamente a la tertulia de *Malilla* [Paz: 43].

Don Damián practica una lectura pre moderna, “intensiva”, es un lector anacrónico cuya actividad consiste en leer reiteradas veces el mismo texto, que no por casualidad es nada menos que Biblia y un manual. Al contrario de Don Hilarión desbordado por la circulación de distintas obras que no puede retener en su memoria, este personaje no ha ampliado su conocimiento del mundo mediante el contacto con el libro. Por ello, sus nociones de la realidad se encuentran en un estado primitivo que admite lo sobrenatural. Esta cuestión se ve reforzada cuando el propio

narrador comenta “la ignorancia es el primer elemento de la superstición” [46]. La postura asumida ante el personaje sitúa al autor implícito como heredero de la Ilustración en su lucha contra el fanatismo que habita en la mentalidad popular y es opuesto a la razón. Los hombres supersticiosos no pueden ser ciudadanos, sino súbditos sometidos debido a su credulidad.

Por último, un aspecto común en el tratamiento de estos personajes por parte de sus narradores es la “risa satírica”, definida por el teórico ruso Mijail Bajtin como una burla en la que el enunciador “se coloca fuera del objeto aludido y se le opone” [17]. Podría decirse que, por una parte, ellos asumen una postura de superioridad y de prejuicios de clase y, por otra, plantean inquietudes sobre las deficiencias a corregir del proceso alfabetizador.

## **Conclusión**

A partir del recorrido realizado es posible concluir que en la imaginación de los escritores, el personaje de la lectora se caracteriza por la práctica de una lectura moderna y adecuada a las expectativas moralizadoras a la vez. No se desvían por la lectura del camino del bien pues en ninguno de los casos expuestos existe el *bovarismo*, o la perdición por los libros. Ellas efectúan lecturas ejemplares tanto si se trata de libros avalados o perniciosos, pues el factor decisivo de la lectura correcta se asienta en el criterio moral que ellas poseen.

En la lectura femenina, los escritores proyectaron imágenes positivas con el fin de prevenir en sus lectoras reales comprensiones desviadas. En este modelo está la voluntad de control de un sujeto social que, como señala Silva Beaugard, ocupa en la República de las Letras el lugar de “(p)receptora encargada de educar” [104]. Las ficciones modelan lectoras modernas, críticas, de sólidos valores y, al mismo tiempo, dóciles respecto del rol asignado.

Mientras las protagonistas descritas son representantes de la lectura deseada y afín al modelo de ciudadana, el ejemplo de mal lector aparece encarnado en los personajes masculinos, en quienes se exponen los temores de los escritores a perder el control de la interpretación de los textos que podría ocasionar la leve extensión de la circulación del impreso hacia grupos excluidos de competencias precarias.

La recuperación de estas novelas y de sus personajes lectores permite, por un lado, aportar un eslabón más a la cadena de representaciones de la lectura en el interior de este género y, por otro, examinar los posicionamientos asumidos por los hombres de letras en una situación sociohistórica marcada por el cometido de formar desde distintas instancias al ciudadano, entendido ante todo como lector. *Amalia* (1851-1852, 1855) estudiada en este aspecto por Batticuore, e *Inocentes o culpables* (1884), de Antonio Argerich, analizada en el mismo sentido por Horacio Legrás, constituyen puntos inflexión dentro de la representación de la lectura entre los que se inserta el corpus reunido en este trabajo. Las lectoras ficticias de las novelas de la Organización Nacional no son de la talla de Amalia, culta y versada en la poesía de Byron y Lamartine, ni como Dorotea, enferma por el consumo de las novelas y revistas de su tiempo a las que quiere remedar<sup>30</sup>. Las lectoras del corpus son jóvenes que frecuentan los libros, provistas de estrategias modernas y sólidos valores morales. Parecería que los novelistas que las crearon se propusieron, asumiendo un papel de guía espiritual, controlar mediante la exaltación de su buen desempeño, los posibles desvíos de las eventuales lectoras argentinas alcanzadas con los intentos de expansión de público. Distintas versiones de una misma lectura ejemplar se reconocen en el corpus: Alicia se forma con libros benéficos, Teolmira es receptiva a un mensaje literario dirigido a su corazón y Emilia se muestra impermeable a la

---

<sup>30</sup> También Nora Catelli ha estudiado, precisamente, la cuestión de la enfermedad moral de las mujeres en las novelas del siglo XIX.

inmoralidad de Balzac. La novela les sirve a estos escritores para modelar no solo a la ciudadana de la república sino a la lectora que, como diría Zanetti, colocada en la fábula “se le pretende obediente”.

Otro aspecto que aporta el corpus es la anticipación de la problemática de un lector de precarias competencias ante el cual naufragan los esfuerzos letrados. Expresión de un temor entre los escritores, esta imagen se conecta con una representación negativa del público que se abordará con más frecuencia a partir de 1880\*.

### **Bibliografía**

- BAJTIN, MIJAIL. 1994. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Buenos Aires: Alianza.
- BALZAC, HONORÉ DE. 1984. *El lirio en el valle*. México: Porrúa.
- BATTICUORE, GRACIELA. 2005. *La mujer romántica: Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires: Edhasa.
- CATELLI, NORA. 1995. “Buenos libros, malas lectoras: La enfermedad moral de las mujeres en las novelas del siglo XIX”. *Lectora: Revista de mujeres y textualidades*, 1: 121-133.
- CHARTIER, ROGER. 1995. *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII: Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*. Barcelona: Gedisa.
- CURIA, BEATRIZ. 2011. “Introducción”. Rosas de Rivera, Mercedes (M. Sasor). *María de Montiel: Novela contemporánea (1861)*. Ed., estudio y notas Beatriz Curia. Buenos Aires: Teseo. I, 11-50.
- DEMARÍA, BERNABÉ. 1869. *Revelaciones de un manuscrito*. Buenos Aires: Imprenta de El Nacional.
- EUJANIÁN, ALEJANDRO. 1999. “La cultura: público, autores y editores”. Bonaudo, Marta, dir. del t. *Nueva historia argentina: IV, Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*. Buenos Aires: Sudamericana. 545-603.
- GIRALDEZ, TOMÁS N. 1860. *Vengador y suicida: Novela original*. Buenos Aires: Imprenta de Pedro Gautier.
- GONZÁLEZ STEPHAN, BEATRIZ. 1995. “Modernización y disciplinamiento; La formación del ciudadano: del espacio público al privado”. González Stephan, Beatriz; Lasarte, Javier; Daroqui, María Julia, comps. *Esplendores y miserias del siglo XIX: Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas: Monte Ávila Editores. 431-455.
- HALPERÍN DONGHI, TULIO. 1980. *Una nación para el desierto argentino 1846-1880*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- IUGLARIS, ENRIQUE JUAN. 1869. *La bella Emilia: Novela histórica de mis tiempos*. Buenos Aires: Imprenta de La Tribuna.

---

\* Inicio de evaluación: 10 mar. 2014. Fecha de aceptación: 30 jun. 2014.

## Personajes lectores en la novela de la organización nacional

- LAERA, ALEJANDRA. 2003. "Géneros, tradiciones e ideologías literarias en la Organización Nacional". Schwartzman, Jorge, dir. del t. *La lucha de los lenguajes*. Vol II de *Historia crítica de la literatura argentina*. Jitrik, Noé, dir. Buenos Aires: Emecé. 407-437.
- LEGRÁS, HORACIO. 2006. "Lectura y pasaje en el fin de siglo". *Revista Iberoamericana*, LXXII, 214, ene-mar: 19-34.
- LÓPEZ, ENRIQUE. 1869. "Arcanos del destino". *El indicador positivista, ó La novela enciclopédica: Obra original*. Buenos Aires: Imprenta Española. 3-94.
- MASIELLO, FRANCINE. 1997. *Entre civilización y barbarie: Mujeres, nación y cultura en la Argentina moderna*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- MOLINA, HEBE BEATRIZ. 2011a. *Como crecen los hongos: La novela argentina entre 1838 y 1872*. Buenos Aires: Teseo.
- . 2011b. "Lectoras y escritoras en la Argentina de 1860: Margarita Rufina Ochagavía y M. Sasor". *Anclajes*, XV, 2, nov: 31-47.
- OCHAGAVÍA, MARGARITA RUFINA. 1857. *Un anjel y un demonio o el valor de un juramento: Novela original de la señorita argentina*. Buenos Aires: Imprenta de Mayo.
- ORTIZ GAMBETTA, EUGENIA. 2013. *Modelos de civilización en la novela de la Organización Nacional (1850-1880): La vida en las pampas*. Buenos Aires: Corregidor.
- PAZ, CARLOS. 1863. "La malilla". *La Primavera*, 1, 2, 15 nov.: 33-36.
- PRIETO, ADOLFO. 2006. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Argentina: Siglo XXI.
- SILVA BEAUREGARD, PAULETTE. 2007. *La trama de los lectores: Estrategias de la modernización cultural en Venezuela (siglo XIX)*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.
- SOMMER, DORIS. 2004. *Ficciones fundacionales: Las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- TACCA, ÓSCAR. 1985. *Las voces de la novela*. Madrid: Gredos.
- ZANETTI, SUSANA. 2010. *La dorada garra de la lectura: Lectoras y lectores en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.